



Cuicuilco

ISSN: 1405-7778

revistacuicuilco@yahoo.com

Escuela Nacional de Antropología e Historia  
México

Korsbaek, Leif

Tylor en México: una excursión a Texcoco  
Cuicuilco, vol. 11, núm. 30, enero-abril, 2004, p. 0  
Escuela Nacional de Antropología e Historia  
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35103008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# Tylor en México: una excursión a Texcoco<sup>1</sup>

Leif Korsbaek

Escuela Nacional de Antropología e Historia

**RESUMEN:** *El presente texto contiene dos partes. La primera es una breve introducción a la vida y la obra de Edward Burnett Tylor, el fundador de la antropología moderna. La segunda es la traducción al español del capítulo VI de su libro Anahuac or Mexico and the Mexicans, Ancient and Modern que fue publicado en Londres en 1861, en el que describe sus observaciones durante una estancia de reconvalencia, con duración de cuatro meses, en México en 1856.*

**ABSTRACT:** *The following text contains two parts. The first is a brief introduction to the life and work of Edward Burnett Tylor, the founder of modern Anthropology. The second is a translation to Spanish from the Chapter VI of his travelogue Anahuac or Mexico and the Mexicans, Ancient and Modern which was published in London in 1861 and contains his observations made during a four months stay in Mexico as convalescent in 1856.*

El fundador de la antropología moderna, Edward Burnett Tylor, visitó México en 1856, en calidad de reconvaliente después de un ataque de asma. Llegó de Cuba a Veracruz en marzo de 1856, y abandonó el país, también por vía del puerto de Veracruz, en junio del mismo año. La mayor parte de los cuatro meses que duró su estancia se estableció en la ciudad de México, pero aprovechó la oportunidad para visitar una serie de lugares en el centro y el oriente de la joven república. Tylor nos dejó testimonio de su visita a México en un hermoso *travelogue* que publicó en Londres en 1861, pero todavía hoy inconseguible en español, bajo el título de *Anahuac, or Mexico and the Mexicans, Ancient and Modern* (Anáhuac, o México y los mexicanos, antiguos y modernos), y el texto que aquí se ofrece, en traducción al español, relata un viaje a través de uno de los lagos que en el momento de la visita existían todavía en

<sup>1</sup> El presente texto pertenece al Curso de Antropología Británica que impartí en la Maestría de Antropología Social de la ENAH durante el semestre 2002-2.

el centro de México, así como una visita a la ciudad de Texcoco, al otro lado del lago.

Podemos ver el *travelogue* de Tylor sencillamente como lo que es: una hermosa descripción de un viaje, hecha por un viajero joven y despierto, que nos deja testimonio del primer encuentro de un inglés de una clase acomodada con lo que posteriormente sería llamado el Tercer Mundo. Como suele suceder, la descripción de este encuentro de un joven inglés con la naturaleza y el pueblo mexicanos está al alcance de los lectores británicos, pero no para los lectores mexicanos que dominan solamente el español, su lengua materna; bastaría esta perspectiva para justificar plenamente su publicación.

Si a esto se le añade que el joven inglés es un excelente observador, entonces tenemos una razón más para publicar el libro en una traducción al español, unos 140 años después de su primera edición en 1861: su descripción de la ciudad de México enriquece nuestro conocimiento de la misma en los momentos de la Reforma. El año 1856, en el cual Tylor visitó México, estuvo marcado por una profunda intranquilidad, hasta tal grado que llegó al nivel de insurrección y guerra civil. Fue exactamente el año de la promulgación de las leyes de desamortización, pues el conocido político veracruzano Lerdo de Tejada fue secretario de Hacienda durante la breve presidencia de Comonfort, y todavía se sentían los colazos del régimen de Santa Ana.

Pero si recordamos que Edward Burnett Tylor sería, en un momento posterior, el fundador de la antropología, una ciencia que nació como la descripción y análisis de las sociedades y culturas del Tercer Mundo por parte de observadores del primer mundo, y que el libro aquí presentado narra el primer encuentro de Tylor con el mundo fuera de Europa, entonces el texto adquiere otra relevancia, pues podemos observar el nacimiento de la antropología desde un lugar privilegiado.

Antes de acercarnos al *travelogue*, tenemos el derecho a preguntarnos: ¿quién fue este Tylor, paciente de asma y futuro padre de la antropología, que vino de Inglaterra a visitar México?

Edward Burnett Tylor nació en 1832 en una ciudad de la provincia en Inglaterra, y es importante mencionar que nació, creció y se formó dentro de la poderosa clase media, la pujante burguesía industrial y comercial que vio la relación permanente entre la metrópoli y las colonias en particular y, en especial, los países que hoy conocemos como pertenecientes al Tercer Mundo. El joven Edward Burnett Tylor —en aquel entonces tenía 24 años— sufría de asma y, ya que sus padres eran adinerados, lo enviaron a un lugar con aire fresco, limpio y transparente, al Caribe.

La visión del mundo de esta nueva clase, que dominaba el escenario económico en Inglaterra, estaba permeada de la ética protestante que le parecía tan importante a Max Weber: todo tenía que ser útil de alguna manera, y en caso contrario se tendría que desechar. Cuando Tylor observa las costumbres de los mexicanos le parecen en gran medida sencillamente una pérdida de tiempo: son felices, viven bien, pero no producen.

Tylor viajaba con Henry Christy, un arqueólogo aficionado que conoció durante su estancia en Cuba en el mismo viaje. Teniendo en mente la pertenencia de Tylor a la clase burguesa (en medio de un capitalismo relativamente joven en el que el trabajo asalariado era la norma), resulta interesante comparar su destino con el de Christy, pues se hará más clara la nueva condición de los antropólogos como trabajadores asalariados pertenecientes a la clase media, y ya no como *gentlemen* acomodados que hacían antropología en su tiempo libre o que convirtieron su vida en tiempo libre. Mientras que el señor Christy es un banquero que se divierte coleccionando antigüedades, Tylor no solamente será el primer antropólogo en el ambiente universitario en Inglaterra, también será el primer antropólogo asalariado en el mundo, en la Universidad de Oxford.

Pero, aparte de pertenecer a la burguesía comercial, Tylor pertenecía a una familia cuáquera. Los cuáqueros eran una de las sectas religiosas que se oponían al dogmatismo manifiesto en la Iglesia anglicana, y en muchos aspectos el ambiente religioso en la Inglaterra victoriana tuvo parte en la creación de un ambiente científico que desembocaría exactamente en la antropología formada por Tylor en el transcurso de su vida:

Desde la anunciación por Sir Charles Lyell del principio del uniformismo en los primeros años del decenio de 1830, pasando por el evolucionismo popular de Robert Chambers y la segura reafirmación de J. S. Mill, en los primeros años de 1840, del principio de que los actos de los seres humanos están sujetos a leyes inmutables, pasando también por la negación de la intervención divina en la historia de la naturaleza, implícita en Darwin, y la polémica sobre la *teoría del mono* en el decenio de 1860, hasta la declaración de guerra a la religión por Tyndall y otros en el de 1870, lo que al principio fue simplemente una vía errónea entre diferentes puntos de vista religiosos *dentro* de la ciencia, fue ensanchándose y llegó a ser, para muchos, un abismo *entre* ciencia y religión [Stocking, 1968:544].

Las raíces británicas de la antropología coinciden con una airada discusión acerca de la autoridad religiosa y eclesiástica en la producción de conoci-

mientos en general y, en particular, sobre la clase de conocimientos conocidos como *científicos*:

[...] todos los principales sociólogos y antropólogos contemporáneos de Frazer, o los que le siguieron, fueron agnósticos y positivistas —Westermarck, Hobhouse, Haddon, Rivers, Seligman, Radcliffe-Brown y Malinowski— y si trataban la religión, lo hacían como a una superstición para la que era necesario y debía encontrarse alguna explicación científica [Evans-Pritchard, 1978:32].

Pero en la misma Inglaterra victoriana la religión no carecía de importancia en los círculos universitarios, y Frazer decidió estudiar en Trinity College en Cambridge, debido a que su padre, que era presbiteriano de la iglesia libre, no tenía confianza en las tendencias de Oxford hacia la alta Iglesia, mientras que Robertson Smith, siendo “víctima del último juicio exitoso por herejía en Gran Bretaña” [Jones, 1984:33], fue expulsado de su cátedra de exégesis hebrea y del Antiguo Testamento en la Universidad de Aberdeen en 1881, trabajó como coeditor de la Enciclopedia Británica y dio clases en la Universidad de Cambridge, donde conoció a Frazer.

La Inglaterra de la reina Victoria era el ombligo del mundo y el centro de un muy poderoso imperio, y a la edad de 19 años Tylor experimentó la manifestación más concentrada de este mismo imperio: en Londres se celebró la exposición internacional en 1851, donde, por cierto, su hermano mayor Alfred Tylor estaba involucrado como jurado. La existencia de este imperio data de cuando un marinero italiano equivocó el camino y buscando el extremo oriente tropezó con unas islas y luego con tierra firme; las llamó *India* y a sus habitantes *indios*. Pero el cambio del peso del recientemente nacido capitalismo hacia el norte, los imperios de Carlos V y Felipe II fueron relegados a la relativa oscuridad y nacieron los nuevos imperios de Europa del Norte. Primero se pensaba en el imperio francés de Napoleón III cuando se utilizaba el vocablo *imperio*, pero en 1869 un escritor expresó en *The Spectator* que

[...] imperialismo, en el mejor de sus sentidos, implica la conciencia de que, en algunas ocasiones, existe la estricta obligación de afrontar tareas sumamente fastidiosas y ofensivas, tales como la defensa de Canadá o el gobierno de Irlanda [...]

Esto nos lleva junto con la idea de abandonar el aislamiento de la *metrópolis*. En la misma línea, directamente hacia la idea de Rudyard Kipling

del *fardo del hombre blanco* (*The White Man's Burden*).<sup>2</sup> J. A. Froude afirma, también en 1869, que “Inglaterra puede tener frente a sí un futuro más grande que su pasado; en vez de permanecer aislada, completa en sí misma, puede convertirse en la metrópoli de un imperio gigantesco y coherente [...]” [Thornton, 1989:304]. En el contexto de este imperio gigantesco, con el tono del imperialismo como *servicio social*, se enmarcan el desarrollo de la antropología en general y la contribución de Tylor en particular.

En 1859, entre el viaje del joven Tylor y la publicación de su *travelogue*, fue publicado *El origen de las especies* de Charles Darwin, y nuestra atención se mueve inevitablemente hacia atrás, ya que Darwin admite explícitamente su deuda con Malthus y el *Ensayo sobre los principios de la población* (publicado en 1798), de entre los precursores ilustrados. En el pensamiento social en el siglo XVIII encontramos ya un sabor a globalización, y

[...] difícilmente puede haber sido accidental la súbita aparición de la teoría de los cuatro estadios en Francia y Escocia en la década de 1750 y su popularización y amplia aceptación en las décadas siguientes: de algún modo y por alguna razón, debió de ser el momento oportuno para estos acontecimientos y ciertos sucesos anteriores debieron de prepararles el camino [...] [Meek, 1981:36].

En el contexto francés, un representante temprano del pensamiento evolucionista es Buffon, quien construye un curioso esquema evolucionista, jerarquizando todas las cosas del mundo desde el menor grado de dignidad hasta el mayor grado, pero en la obra de Marie-Jean-Antoine-Nicolas Caritat, Marqués de Condorcet, mejor conocido sencillamente como Condorcet, ya encontramos un evolucionismo mucho más maduro.

En el escenario escocés, en 1766, Adam Ferguson publicó su primer libro, con el título revelador *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil*. Una contribución fundamental de Adam Ferguson al pensamiento histórico y antropológico fue la formulación de la ley de las consecuencias involuntarias: ésta sostiene que lo que sucede en la historia es “el resultado de la acción humana, pero no la ejecución de un plan humano”<sup>3</sup> [Ferguson, 1967:205]. John Millar, alumno de Adam Smith, abogado y profesor de derecho en la

<sup>2</sup> Rudyard Kipling era uno de los pilares ideológicos del imperialismo británico ya difunto (hasta Thatcher y Blair, por lo menos), pero recientemente su obra ha alcanzado una nueva popularidad, envuelta de una increíble estupidez e ignorancia, después del resurgimiento del imperialismo norteamericano en Afganistán e Iraq.

<sup>3</sup> Esta cita corresponde a la sexta edición de la obra, que fue publicada en 1793.

Universidad de Glasgow, publicó en 1771 un ensayo cuyo título completo es largo y difícil: *El origen de la distinción de rangos o una investigación sobre las circunstancias que dieron origen a la influencia y la autoridad en los diferentes miembros de la sociedad*. Lo que le ocupa a Millar es el estudio del progreso en la sociedad:

Hay en la sociedad humana un progreso natural de la ignorancia al conocimiento, y de las costumbres primitivas a las civilizadas, cuyas diferentes etapas van generalmente acompañadas de leyes y costumbres peculiares. Diversas causas accidentales han contribuido ciertamente a acelerar o retardar este avance en los diferentes países [Millar, 1806:4].

Adam Smith es conocido como economista y autor de *La riqueza de las naciones* (que fue publicado en 1776), pero en su tiempo no fue conocido como economista, pues recibió su formación académica en derecho en las universidades de Glasgow y Oxford, y su actividad fue inicialmente filosófica, pues desde 1751 figuró como profesor interino de lógica en la Universidad de Glasgow. Pero la idea del progreso ya está en todas partes, y si dirigimos la mirada hacia la Universidad de Moscú, encontraremos incluso un ruso ilustrado, Semyón Efimovich Desnitsky. Pocos años después, en 1781, Desnitsky impartió ahí una conferencia con el título *Discurso legal sobre las diferentes ideas que la gente tiene sobre la propiedad en las diferentes condiciones de la sociedad*.

De manera que la idea de progreso estaba en todas partes, y en esta coyuntura (que combinaba la teoría evolucionista y el positivismo, más el colonialismo y la parte más importante de la revolución industrial) nació la antropología científica. El personaje más importante en este desarrollo fue exactamente Edward Burnett Tylor, a tal grado que la disciplina antropológica se conocía en aquellos años como *la ciencia del señor Tylor*. En su posterior carrera como antropólogo, la contribución más importante que hizo Tylor al desarrollo de esta disciplina sería la afinación de la teoría evolucionista. Lo que vemos en el presente texto presentado ahora es, en verdad, el primer acercamiento de Tylor a un edificio teórico, a cuya perfección contribuiría mucho y de muy importante manera: la teoría evolucionista en la antropología.

Puede no ser justo decir que en los 30 años comprendidos entre 1860 y 1890 “se desarrolló la antropología de la nada a la madurez” [Tax, 1955:456], pero la declaración de Sol Tax lleva nuestra atención hacia el inicio del periodo, y los años alrededor de 1860 marcaron una riqueza de la producción teórica

que es auténticamente asombrosa, y en este periodo se viene a desarrollar plenamente la idea de la evolución. Johann Jacob Bachofen publicó exactamente en 1861 su obra *Das Mutterrecht* (el derecho materno), un alegato evolucionista en el campo del desarrollo de los sistemas normativos que intentan dirigir las relaciones de parentesco en la sociedad, en la cual postula la existencia universal de un estadio anterior de la sociedad, con una estructura de matriarcado.

Sir Henry Sumner Maine publicó, también en 1861, su obra magistral *Ancient Law* (la ley antigua), que lleva la marca innegable de haber sido escrita por un abogado. Maine es evolucionista y, según él, el mundo avanza por un eje que es al mismo tiempo un *continuum* y un dualismo. Es un *continuum* en el sentido de que contiene un mundo tradicional y un mundo moderno, entre los cuales se lleva a cabo un movimiento unidireccional e irreversible de lo tradicional hacia lo moderno, y es un dualismo en el sentido de que los dos tipos de sociedad, la tradicional y la moderna, constituyen dos tipos ideales, cada una con sus propias características. La sociedad tradicional está caracterizada por una estructura constituida por lazos de parentesco que vienen a conformar una serie de estatus adscritos —la gente nace para llenar un estatus ya prefigurado— mientras que la sociedad moderna posee una estructura constituida por relaciones más flexibles que vienen a configurar una serie de estatus adquiridos; en otras palabras, las personas nacen sin tener un estatus definido al momento de su nacimiento, y más bien ellas tienen que adquirir estos estatus. En el discurso de Maine encontramos un tema más que atraviesa toda su obra y que es de primera importancia: el proceso de independización del individuo, quien al inicio está inmerso en la colectividad, para al final emerger del proceso de modernización como el individuo libre que actúa en su propio nombre y es responsable solamente a través de contratos incurridos.

Un poco más tarde, en 1865, John F. McLennan publicó su libro *Primitive Marriage* (el matrimonio primitivo), en el cual sostuvo —a diferencia de sir Henry Sumner Maine, que insistía en que la forma organizacional original había sido la familia patriarcal— que toda la humanidad había pasado por un estadio inicial en el cual el parentesco se contaba a través de la línea materna exclusivamente. Falta agregar que McLennan había inventado los conceptos y los términos *exogamia* y *endogamia* para la ocasión; en el gremio antropológico McLennan sigue siendo recordado como el inventor de esos términos, que hasta hoy continúan siendo de primera importancia en el quehacer antropológico.



De todos los evolucionistas clásicos, el más conocido es Lewis Henry Morgan, ciudadano de Rochester en el estado de Nueva York, que escribió dos libros de primera importancia en la antropología: *Systems of Consanguinity and Affinity* de 1871 y *Ancient Society* de 1877. En el segundo de estos libros Morgan delimita tres periodos sucesivos de desarrollo —el salvajismo, la barbarie y la civilización— que se dividen en un número de estadios: cada uno de los primeros dos periodos se divide en tres estadios —inferior, medio y superior— de manera que tenemos en total siete estadios si incluimos la civilización [Morgan, 1993:44-53]. Los estadios y periodos de evolución de Morgan se basan en el desarrollo de los medios de producción; tal vez por esta razón el esquema de Morgan fue adoptado con tanto entusiasmo por los teóricos marxistas:

Poco después de su publicación, un gran historiador y sociólogo ruso visitó Estados Unidos. Al profesor Maxim Maximovich Kovalevski un estudiante, V. F. Miller, le había recomendado leer a Morgan. A su regreso a Europa, Kovalevski regaló el libro de Morgan a Karl Marx, quien lo leyó con gran avidez y tomó profusas notas. Éstas, junto con el propio libro de Morgan, fueron la base del célebre libro de Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* publicado en 1884, tres años después de la muerte de su involuntario inspirador, Lewis H. Morgan (según las notas etnológicas de Marx [en Bartra, 1993:11-12]).

Lewis Henry Morgan es, por un lado, un típico representante del evolucionismo decimonónico, pero por otro lado, por lo menos dos hechos crean distancia entre Morgan y los demás evolucionistas del siglo XIX. Primero, es el evolucionista que menos etnocentrismo demuestra en su obra y, en segundo lugar, “su etnografía iroquesa jamás fue superada” [Trautman, 2000:365]. Los demás evolucionistas del siglo XIX no se dedicaron al “trabajo de campo”, se quedaron tranquilamente en sus oficinas y cubículos, esperando la llegada de noticias de misioneros, viajeros, oficiales coloniales, etcétera. La discusión de Morgan y Engels nos lleva fácilmente a mencionar a Carlos Marx, otro evolucionista, al mismo tiempo similar a los demás de su tiempo y distinto de ellos. Donde más claramente vemos su disposición evolucionista es en el *Manifiesto comunista* de 1848, donde presenta los modos de producción en secuencia desde la comunidad preclasista, pasando por el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo, el socialismo y el comunismo, y en *La ideología alemana*. Otro lugar que arroja algo de luz sobre la posición de Marx es su trabajo acerca del modo de producción asiático (y la discusión que resultó de este trabajo): en una Unión Soviética fuertemente estalinizada esto se percibió como un ataque a una verdad

al mismo tiempo dogmática y políticamente necesaria, para defender lo que hemos perdido recientemente: un mundo bipolar, con todo y amenazas nucleares.

Los autores aquí discutidos son los astros de primera luminosidad, pero alrededor de ellos giran otros evolucionistas que son estrellas menores. Algunos de ellos son hoy olvidados (justa o injustamente), mientras que otros solamente son conocidos por alguna casualidad. Entre ellos hay gente como Lubbock y Galton, Kovalevski y Costa. Algunos de estos evolucionistas menores son hoy poco conocidos, tal vez por no pertenecer al mundo anglosajón, pero lo importante es que en aquellos años todo el ambiente estaba permeado del pensamiento evolucionista, desde el pensamiento más elitista y sistematizado hasta la forma de pensar del hombre en la calle.

El texto de Anáhuac se basa en experiencias de viaje de 1856, y fue publicado cinco años más tarde, en 1861, en un momento en el que Tylor todavía no era antropólogo. Sin embargo, ya en 1861 Tylor formuló una teoría acerca del desarrollo social y cultural, que se refiere de manera directa a sus observaciones en México. En sus comentarios acerca de la ciudad de México postula que

[...] los tipos antiguos son transmitidos, casi sin modificación, de generación a generación. Cualquier cosa que es auténticamente mexicana es azteca o española. Entre los tipos españoles podemos distinguir los moriscos. Nuestro conocimiento de México es todavía insuficiente para analizar la civilización azteca, así que tenemos que contentarnos con estas tres clases. Todo el tiempo se presentarán ocasiones para mostrar cómo los habitantes de México, tanto los blancos y los cobrizos, por lo menos durante tres siglos, han adquirido sus ideas de segunda mano, siempre copiándolas pero nunca desarrollándolas [...].

Esta teoría ecléctica tiene al mismo tiempo sus ingredientes de evolucionismo, difusionismo, racismo y etnocentrismo y, perteneciendo al momento de la infancia de la antropología, realmente no es una teoría tan reaccionaria o conservadora como nos podría parecer.

El estilo de la antropología había sido la “antropología de gabinete”, con sabios sentados en sus cubículos, esperando la llegada de diferentes tipos de viajeros con información del campo, pero Tylor era diferente. Edward B. Tylor

[...] fue todo menos antropólogo de gabinete. Se dedicó al estudio de la cultura en el corazón mismo de la metrópoli londinense. Recibió de Tasmania un raspador de pieles, e hizo inmediatamente que lo probara un carnicero; buscó en los

escaparates de las tiendas el paralelo de la *bomba-taladro* de Oceanía; observó en Somersetshire cómo una tejedora se pasa la lanzadera de una mano a la otra, y al percibir la existencia de un problema científico en los lenguajes de gestos de ciertos pueblos indígenas, se puso a aprender centenares de gestos en el Instituto para Sordomudos en Berlín [Lowie, 1981].

Si bien es cierto que

[...] de crónicas viajeras, de reportes militares, de relatos de piadosos evangelizadores, de memorias de funcionarios coloniales, de libros antiguos, de las indagaciones de los estudiosos del folclore y de la arqueología están armados las dos grandes obras de Tylor: *Researches into the Early History of Mankind* de 1865 y *Primitive Culture* de 1871 [Díaz, 1998:360].

Pero en su magna obra *Cultura primitiva*, Tylor expresa su opinión práctica, una opinión que se encuentra muy lejos de una antropología contemplativa, que

[...] no sólo como tema de curiosa investigación, sino como una importante guía práctica para la comprensión del presente y para la conformación del futuro, la indagación acerca del origen y del primitivo desarrollo de la civilización debe ser impulsada celosamente [...] hay un vasto material que puede ser empleado en nuestra investigación; muchos trabajadores se hallan ahora ocupados en dar forma a ese material, aunque poco puede haberse hecho todavía en relación con lo que falta por hacer; y ya no parece excesivo decir que los vagos perfiles de una filosofía de la historia primitiva comienzan a dibujarse ante nuestros ojos [Tylor, 1924, I:39 y s].

Este sentido práctico obró una revolución en la antropología, un dramático cambio desde dos mundos separados y sin articulación —los salvajes de Frazer y sus conciudadanos londinenses— hacia un solo mundo donde diferentes tipos de culturas y sistemas sociales tienen que coexistir, planeando su futuro compartido con fundamento en los conocimientos antropológicos.

Es una fuerte tentación ver *Anahuac* como el primer paso de Tylor hacia una antropología operacional del campo, en vez de la ortodoxia especulativa evolucionista que se desarrolla en el gabinete, el primer paso hacia una conferencia que impartió muchos años más tarde en una reunión de la Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, en noviembre de 1888, y en la cual presentó en una forma más acabada la teoría evolucionista y el método comparativo:

[...] desde el punto de vista del método, la contribución más interesante de Tylor no fue su libro más famoso, *Primitive Culture*, sino una ponencia que presentó al Instituto de Antropología en 1888 y que fue publicada al año siguiente con el título *Sobre un método para investigar el desarrollo de las instituciones, aplicado a las leyes del matrimonio y de la descendencia* [Tylor, 1889:xviii].

Es cierto que la ponencia de Tylor no nos lleva hasta el trabajo de campo, pero es digno de notarse que solamente un año antes de la visita de Tylor a México, en 1855, un antropólogo francés que no se consideraba a sí mismo antropólogo, había formulado el método de trabajo de campo. En aquel año el ingeniero minero Frédéric Le Play, “el Marx de la burguesía”, había publicado sus seis tomos de *Los obreros europeos*, basado en trabajo de campo:

[...] el principal método de estudio de Le Play era la observación minuciosa de los fenómenos sociales según un esquema unitario. El método comprendía lo que se llama hoy método de estudio de casos particulares, y ésta es una de las principales aportaciones de Le Play a la ciencia social [Timasheff, 1961:66].

Pero otra fuerte tentación es ver en el artículo de Tylor un paso importante del método de la comparación descontrolada, el método de Frazer, hacia el método de la comparación controlada, un paso que es indispensable antes de siquiera empezar a pensar en la posibilidad de trabajo de campo.

Uno de los principales vicios de la Inglaterra victoriana era probablemente el etnocentrismo, un vicio que no sería bautizado sino hasta al principio del siglo xx por William Graham Sumner en su *Folkways* [Sumner, 1912], pero que sí existía plenamente antes de su bautizo. La más contundente ilustración de este etnocentrismo sería probablemente el chiste popular que se relata de James Frazer, el autor de numerosas obras acerca de los salvajes: se dice que Frazer encontró a un conocido en la calle en Londres, y éste le preguntó si alguna vez había visto en carne y hueso a uno de estos salvajes acerca de los cuales tantos volúmenes había escrito, a lo que Frazer replicó sin titubear: “No, ¡y Dios me libre!”. Y es cierto también que Tylor compartía de muchas maneras el vicio del etnocentrismo; casi podemos establecer una ecuación con el orientalismo de Eduard Said, para el cual los orientales en sí mismos no interesan gran cosa a los orientalistas occidentales, y acepta que:

Tylor no estaba directamente interesado en ofrecernos una historia de esas historias en cuanto tales; si se ocupó de ellas lo hizo como un requisito para indagar y, ante todo, para evaluar los conocimientos que la mente primitiva había producido: la historia y la prehistoria del hombre —escribió al final de *Primitive*

*Culture*— ocupan sus lugares apropiados en el *esquema general del conocimiento* [Díaz, 1998:36].

Según Tylor, el contraste entre el pensamiento salvaje y el científico era que el primero

[...] es incapaz de distinguir claramente el objeto externo del mero pensamiento o idea: pero el estudio de esta confusión mental nos puede ayudar a entender las antiguas condiciones de la mente humana (de donde surge la razón científica) [Tylor, 1964:126].

Además —sigue el antropólogo victoriano— este entendimiento es una “fuente de poder destinado a influir el curso de las creencias y acciones modernas”. En una medida modesta Tylor compartía en el etnocentrismo, y no hay duda acerca de los motivos para estudiar la antropología, “[...] estudiamos a los salvajes y a las naciones antiguas para conocer las leyes que bajo nuevas circunstancias están operando, para bien o para mal, en nuestro desarrollo” [Tylor, 1924, t. I:159]. En otra parte afirma que:

[...] ahora es un deber práctico de la etnografía hacer saber a todos los que estén interesados en la opinión pública qué (conocimiento) es aceptado a partir de su evidencia directa; cuál no es sino una doctrina antigua y grosera adaptada para satisfacer los requerimientos modernos; y cuál es sino una superstición honorable por el tiempo, pero investida como conocimiento reciente [Tylor, 1924, t. II:445].

Más importante es tal vez el hecho de que Tylor formuló (en sus dos libros de 1871 y 1881) el concepto de *cultura* que hoy sigue siendo el fundamento del discurso antropológico (Tylor era británico e, irónicamente, su concepto de cultura se ha usado sobre todo en la antropología cultural norteamericana, a diferencia de la tradición antropológica británica, conocida como “antropología social”, y que ocasionalmente se distancia del uso del concepto de cultura). Al principio del libro de Tylor de 1871, *Primitive Culture*, encontramos la primera definición antropológica del concepto de cultura, una definición que posteriormente sería la columna vertebral (y la manzana de la discordia) de la antropología, la ciencia de la cultura o la culturología:

La cultura o la Civilización, tomada en su amplio sentido etnográfico, es ese complejo conjunto que incluye el conocimiento, las creencias, las artes, la moral, las leyes, las costumbres y cualesquiera otras aptitudes y hábitos adquiridos por

el hombre como miembro de la sociedad. La situación de la cultura entre las diversas sociedades de la humanidad, en la medida en que es susceptible a ser investigada según unos principios generales, es una materia adecuada para el estudio de las leyes del pensamiento y de la acción humanas.

Esta definición de la cultura, que Tylor volvería a plasmar diez años más tarde sin mayores modificaciones en su obra *Anthropology*, ha sido discutida, trillada, refutada y modificada como parte del discurso antropológico, pero ya en esta forma inicial contiene una serie de aspectos que vale la pena discutir. Es cierto que existía un uso y una definición del concepto de cultura antes que Tylor formulara su famosa definición, pues el concepto se utilizaba desde el Renacimiento en el sentido de *cultivo*, mientras que sobre todo en el alemán se había utilizado como algo perfeccionable: la gente tenía una cultura más o menos perfecta, o no tenía cultura en absoluto. A partir de la formulación de Tylor se da un cambio: la cultura se convierte en algo que todo el mundo tiene y no se considera más o menos perfecta.

La teoría evolucionista, de la cual el libro de Tylor es una temprana manifestación en la antropología (antes de que Tylor se hubiera convertido en antropólogo), tiene mucho que ver con las ideas de Charles Darwin. Esas ideas se introdujeron en México alrededor de 1875:

[...] sin que pretenda decir que no existen menciones anteriores, la cita expresa más antigua que tenemos a Darwin es de 1875. Procede de Justo Sierra, personaje de gran influencia en la educación mexicana, positivista spenceriano, profesor de la Preparatoria recién fundada y futuro impulsor de la reapertura de la Universidad [Moreno, 1984:22].

La cita se encuentra en el artículo *El espiritismo y el Liceo Hidalgo* de Justo Sierra, publicado en *El Federalista*, el 2 de abril de 1875. Acerca de la fecha muy tardía de la introducción de los pensamientos de Darwin en México, Moreno opina que

[...] tal cosa se debió, por un lado, al estado de guerra en que estuvo el país hasta 1867 y, por otro, a que *El origen del hombre* apareció en 1871 y esta obra afectó mucho a los católicos [...] [Moreno, 1984:19].

Más adelante, Moreno explica que

[...] probablemente la razón de este retraso sea que el darwinismo se conoce más por *La descendencia de hombre* (1871) que por el *Origen de las especies* (1859), dado

que el impacto de aquél fue mayor en países católicos y de poca tradición científica [*ibid.*:42].

Otra razón para el retraso la encontramos en el hecho de que

[...] salvo excepciones, el vehículo de introducción del darwinismo fue el idioma francés; la dependencia cultural de México a Francia es, quizá, la causa del pequeño retraso de la llegada del darwinismo y de las polémicas que suscitó, y a la vez la causa de que los mexicanos tomaron posiciones siguiendo en libros franceses la alternancia de la controversia y no se produjeron reacciones demasiado violentas [*ibid.*:18].

Sin embargo, la oposición no fue nada suave y provino de varias direcciones:

La oposición proviene —como en otros países— de dos fuentes: el catolicismo y el positivismo comtiano. La oposición católica, si bien no fue débil, está inmersa en una gran cantidad de aspectos, en aquel entonces candentes, que provienen del triunfo liberal, por lo que no fue de suma importancia. La oposición positivista, encabezada por Barreda, es sin duda la que reviste mayor gravedad por ser positivistas la mayor parte de los educadores en México durante muchas décadas [*ibid.*:42].

Al respecto, el doctor Gabino Barreda contestó así a la presentación de la teoría de Darwin hecha por Pedro Noriega el 25 de febrero de 1877:

[...] el señor Noriega ha resumido perfectamente la teoría de Darwin, y de ese resumen se desprende que dicha teoría es exagerada en sus generalizaciones, y que el método científico no se ha observado en su formación [...] [*ibid.*:48].

El texto que sigue después de esta introducción es la traducción al español del capítulo VI (páginas 130-160) del libro *Anahuac, or Mexico and the Mexicans, Ancient and Modern* de Edward Burnett Tylor que fue publicado en Londres en 1861 por la editorial Longman, Green, Longman and Roberts. Según su temperamento, el lector lo puede disfrutar como una relación inteligente y bien formulada de un viaje a través de la alteridad, escrita por un joven inglés de la media burguesía, o lo puede analizar como un primer acercamiento a su futura creación, la antropología, en palabras del creador mismo de ésta.

EDWARD BURNETT TYLOR:

*ANAHUAC OR MEXICO AND THE MEXICANS, ANCIENT AND MODERN*

LONDON, LONGMAN, GREEN, LONGMAN AND ROBERTS, 1861.

TRADUCCIÓN DE LEIF KORSBAEK

### **Capítulo vi: Tezcucu**

Al otro lado del Lago de Tezcucu está Tezcucu, una ciudad grande y en el momento de la Conquista la capital de un reino, famosa por sus palacios y sus hombres sabios. Ahora es un pueblo español insignificante, en gran medida construido utilizando las piedras de los antiguos edificios. El señor Bowring, que es el dueño de unas plantas de evaporación en las orillas del lago y que vive en la "Casa Grande", justo fuera de Tezcucu, nos ha invitado a visitarlo, así que nos levantamos temprano una mañana en abril y fuimos por la Calle de la Soledad de la Santa Cruz. Allí encontramos al señor Millard, un francés que trabaja para el señor Bowring y que regresará a Tezcucu con nosotros. Bajamos con él al canal y media docena de cargadores indígenas con sus canastas nos siguen con su curioso trote que les es tan característico. En el embarcadero encontramos una hilera de canoas y un grupo de indígenas, hombres y mujeres, en sus escasas ropas de algodón que muestran la mugre de una manera desagradable. Una canoa partirá para Tezcucu, una especie de lancha de correo regular. En esa canoa el señor Millard ha reservado para nosotros tres la mitad de la lancha hacia la proa y se ha extendido una lona de tela de fibra de maguey por encima de ésta. La canoa realmente no es más que una larga caja hecha de tablas crudas y no muy profunda, y más que ninguna otra cosa que pueda imaginarme, se asemeja en su forma a una charola de pan. No se ha hecho ningún intento de afilar la proa y la popa, y los indígenas realmente se oponen a ésa o a cualquier otra innovación. En la parte delantera de la canoa ya están un montón de otros pasajeros, acostados como carnada en una caja, y cuando nosotros llegamos empieza el viaje.

La tripulación consta de diez hombres: el capitán, ocho hombres y una anciana encargada de las tortillas y la jarra de pulque. Todos son gente cobriza, de hecho la navegación por el lago se encuentra enteramente controlada por los indígenas y la "gente de razón" no tiene nada que ver con ella. Como ya he mencionado anteriormente, la "gente de razón" es la que contenga cualquier porcentaje de sangre europea, y las instituciones republicanas no han borrado en lo más mínimo esta discriminación.

Así que el tráfico de canoas se lleva a cabo de la misma manera que en tiempos de Montezuma. Sin embargo, hay una curiosa diferencia. Todas esas



canoas son propulsadas por medio de palos largos y no creo que hayamos visto a un solo indígena en todo el Valle de México utilizar remos. Pero en las antiguas ilustraciones pictográficas los indígenas propulsan sus canoas con una especie de remo, formado en el extremo como uno de nuestros *five-shovels*. Pero, como ya vimos, la distribución de la tierra y del agua han cambiado desde entonces, y los lagos, que eran de mucho mayor extensión, tenían varios pies más de profundidad por toda la actual extensión, y aun muy cerca de la ciudad habría sido imposible mover las canoas utilizando palos. Sospecho que los aztecas utilizaban originalmente tanto palos como remos, y que el uso éstos se terminó cuando la profundidad en los lagos se redujo y el nivel del agua hizo posible el uso de palos en todas partes. De otra manera tendríamos que aceptar que los mexicanos, después de la Conquista española, introdujeron una invención nueva, lo que no es fácil de creer.

Primero tuvimos que salir del canal y adentrarnos en el lago. Eso resultó ser preferible, pues el canal es uno de los drenajes de la ciudad, un oficio que cumple bastante mal, tomando en cuenta que casi no hay diferencia de altura desde las partes más bajas de la ciudad hasta el lago. Nunca vi serpientes de agua en cantidades comparables a la situación en el canal, o al lado de él. Nadaban en el agua, meneándose en todas direcciones, y en las bancas de las riveras retorciéndose en montones exactamente como los pasajeros en la parte delantera de la lancha. Dos de la tripulación jalan la lancha con una soga y pronto estamos fuera del canal y fuera del pantano salado que se extiende a ambos lados de él, donde estaba antes el fondo del lago. Y cuando nos encontramos en medio del lago, lejos de las riveras, echamos un vistazo alrededor de nosotros y vemos a México desde un nuevo punto de vista; así, empezamos a entender por qué los españoles la llamaron la Venecia del Nuevo Mundo. Aún ahora, cuando es claro que el lago es mucho más pequeño que en aquellos tiempos, la ciudad parece emerger directamente del agua, con sus cúpulas y sus techos, pues la distancia se reduce paulatinamente a nada. En la actualidad es evidente que el nivel del lago es mucho más alto que de costumbre. A poca distancia, a nuestra derecha, está el Peñón de los Baños —la “roca de los baños”— un cerro de pórfido que las actividades telúricas han empujado hacia arriba, donde hay aguas termales. Por lo regular es posible llegar a la colina caminando, pero el nivel del agua está ahora tan alto que la roca se ha convertido en una isla, como solía ser antes.

Cuando los españoles botaron los primeros dos bergantines en el Lago de Tezcuco, Cortés invitó a Montezuma a navegar por el lago en una de

ellas, dejando pronto atrás las canoas aztecas. Se dirigieron al peñón, o la colina rocosa, donde Montezuma guardaba animales para su propia caza, y donde ni siquiera a los nobles más destacados se les permitía cazar, so pena de muerte. Allá dejó a los españoles llevar a cabo una auténtica matanza: mataron venados, conejos y liebres hasta hartarse. Esta colina puede haber sido el Peñón de los Baños que estamos pasando en este mismo momento, pero es más probable que haya sido una colina similar más alejada y más extensa, ahora convertida en fortaleza y conocida sencillamente como El Peñón, la Colina. En aquellos tiempos ambas fueron islas, rodeadas de agua por completo y alejadas de la ribera.

Ahora que ya estábamos fuera del canal, nuestros indios empiezan a propulsarnos con los palos, empotrándolos hasta el fondo del lago y caminando por dos tablas largas que se extienden por todo el lado de la canoa, desde la proa hasta el punto medio de la embarcación. En cada tabla caminan cuatro hombres, cada uno de ellos sube su palo al llegar al extremo de la canoa, para regresar corriendo al medio de la canoa y volver a empezar desde la proa. Poseen una maravillosa agilidad en su modo de manejar los palos y evitar estorbarse mutuamente. Visto desde nuestro lugar en la canoa se ve como una increíble pieza de lucha con palos, solamente que en ningún momento se dañan.

El rasgo más peculiar del Lago de Tezcuco es que es un lago de agua salada y contiene mucha sal y carbonatos de sodio. El agua es muy salobre y no se puede beber. Es bastante evidente cómo se ha hecho así. Las corrientes bajan de las montañas alrededor, llevando consigo sal y sodio en solución, derivadas del pórfido en proceso de descomposición, y ya que el agua del lago no tiene drenaje hacia el mar, sino que se evapora, los materiales sólidos se quedan, acumulándose en el lago.

No creo que exista en Inglaterra un lago de este tipo, pero el Mar Muerto, el Mar Caspio, el gran Lago Salado de Utah, y aún el Mar Mediterráneo, contienen varias sales acumuladas en solución de la misma manera. Me parece que debería ser posible calcular la duración de este proceso, tomando en cuenta la proporción de material soluble contenido en el agua que baja de las montañas, la probable cantidad de agua que baja en el transcurso de un año y la proporción de sal en el lago mismo. Me gustaría mucho hacer el experimento, pero por desgracia no tengo datos a mi disposición, siquiera para un cálculo aproximado de este tipo.

A pesar del espléndido clima, gran parte del Valle de México es cualquier cosa menos fértil, pues el suelo está impregnado de sal y sodio, hasta tal

grado que en ciertos lugares, debido a la evaporación del agua, se forma una fluorescencia encima de la tierra que se llama *tequesquite* y que es recogida por los indios. Una parte de este *tequesquite* es parado en su camino desde las alturas por la evaporación del agua que lo llevaba, y otra parte queda sobre las tierras alrededor del lago, dejada allá por las frecuentes inundaciones del lago. La diferencia en nivel entre el lago y la planicie que lo rodea es tan insignificante que el más mínimo aumento en el nivel del agua hace una enorme diferencia en el tamaño del lago y aun un fuerte viento moverá el agua a través de grandes tramos de tierra de donde se retira cuando termina el viento. Debe haber sido eso, o algo similar, lo que motivó a Cortés a escribir a España que los lagos eran como mares dentro de la tierra, y hasta tenían marea como los océanos. Por supuesto, esta impregnación de sal arruina el suelo, que en esos lugares no produce más que hierba, y las riberas del lago presentan la vista más desoladora que se puede imaginar. Sin embargo, no todos los lagos son tan salados como el de Texcoco; el de Chalco, por ejemplo, es de agua dulce, y allá se nota la fertilidad de las riberas, como ya había tenido ocasión de observar.

En el momento que había terminado lo novedoso de esta manera de viajar, nos empezamos a aburrir y nos retiramos bajo el toldo para desayunar y tomar una cerveza amarga, un lujo que se entiende muy bien aquí, gracias a un clima adecuado y a un cervecero inglés, y aun los mexicanos perciben esto como una costumbre aceptable.

Ya estábamos entrando en un estado de somnolencia, cuando un extraordinario alboroto en la tripulación nos sacó de nuestro madriguera, y nos dimos cuenta de que tres horas de trabajo duro con los palos nos había llevado a la mitad del lago, una distancia de unas seis millas, que es una buena prueba de la calidad del sistema azteca de navegación. Aquí encontramos en el agua una cruz de madera, y aquí los marineros suelen cantar un himno a la gloria de la Virgen, gracias a quien habíamos llegado hasta allá, esperando terminar a salvo el viaje. Nuestra tripulación seguía la costumbre y le cantaron un himno; lo cantaron muy bien y el escenario nos asombró por su cualidad inesperada. A nosotros nos pareció que habían convertido en un gran drama el problema de cruzar un espacio de agua con una profundidad de solamente unos cuantos pies, pero el señor Millard nos aseguró que cuando se levantó una tormenta repentina, estar a flote en una canoa mexicana allá era una experiencia extremadamente desagradable, pues con su fondo plano no tiene estabilidad en el agua y, debido a su forma, es totalmente inmanejable en el viento. Eso le había

ocurrido una vez, y tuvo que pasar toda la noche en el lago, con un fuerte oleaje y la canoa a la deriva, fuera de control y amenazando cada momento con volcarse, y en un lugar donde el agua era suficientemente honda como para ahogarse. Los indios se descontrolaron por completo, tiraron sus palos y se agacharon, y juntos con las mujeres y los niños y los hombres cobrizos desamparados chillaron, y a cada ola que se lanzó contra la canoa le tendieron medallas y grabados de la virgen de Guadalupe. Sin embargo, el viento bajó y el señor Millard llegó a salvo a Tezcucó la siguiente mañana y, cuando llegó allá, encontró que en vez de condolerse con él, tomaron la mera idea de una tormenta en el lago como un chiste, y que habían adornado la sala de la casa grande con un dibujo de él, agarrándose a la cruz de medio camino con sus piernas en el agua, y abajo una leyenda relatando sus sufrimientos a la melodía de *Malbrouk s'en va-t-en guerre, ne sais cuand reviendra*.

Seguimos avanzando por el lago mediante el uso de un palo largo cuando llegamos a otro canal pequeño, construido también después de la reducción del nivel del agua del lago (que una vez llegó a acercarse a la orilla de la ciudad), y nuestro indígena nos llevó adentro de él. Un breve tramo nos llevó a la casa grande donde la señora Bowring nos estaba esperando con exuberante hospitalidad. Pronto salimos al pueblo para ver la fábrica de vidrio. En un país donde todo se tiene que traer en carreta o a lomo de mula por caminos malos sería difícil imaginarse que no se costeara producir vidrio y, en efecto, encontramos la fábrica de vidrio en plena operación. La sosa es producida muy cerca en la fábrica del señor Bowring, el combustible es carbón de madera de las montañas, y para la arena tienen un sustituto que jamás había visto en ninguna parte. Parece que a una breve distancia de Tezcucó hay un depósito de silicio hidratado que los indios bajan en grandes bloques. Cuando este silicio es calcinado cumple perfectamente la tarea de la arena, ya que prácticamente no contiene hierro. En su estado natural tiene el color de cera de abejas.

Vale la pena describir la casa grande que se distingue tajantemente de nuestras ideas europeas de la casa grande en una aldea. Entrando por el portón, nos encontramos en un patio —un cuadrángulo abierto rodeado por un pasillo cubierto— de hecho un claustro hacia el cual dan las habitaciones que son ocupadas por los miembros de la familia. El segundo cuadrángulo, que desemboca en el primero, contiene los establos, la cocina, etcétera. El muro exterior que rodea todo eso es muy grueso, el edificio está hecho de tabiques de barro cocidos en el sol y no tiene ningún segundo piso en absoluto. Es como

una casa de Pompeya en escala grande, y está perfectamente acomodada al clima. Los palacios aztecas, acerca de los cuales tanto leemos, eran exactamente de la misma construcción. Los techos se inclinan hacia lo interior desde los lados de los cuadrángulos, y desaguan hacia el espacio abierto en el medio. Una tarde nos mostró, durante una enorme tormenta tropical, cuán necesario era el pasillo cubierto alrededor y muy elevado sobre el nivel del cuadrángulo abierto en el medio, pues éste quedó convertido en un charco después de solamente unos pocos minutos de lluvia.

En lo que a nosotros se refiere, pasamos muchos días felices en la casa grande, y llegamos a aceptar por entero el arreglo de la casa, excepto que las cuatro esquinas del patio eran asombrosamente idénticas, así como también las puertas de las habitaciones, y nos costó tanto trabajo como al capitán de los cuarenta ladrones encontrar nuestra propia puerta, o cualquier otra, con la excepción de la del señor Millard, que tenía su nombre señalado en la puerta—en una ortografía que más tomaba en cuenta la pronunciación que las reglas ortográficas— con un uno y nueve ceros agregados con tiza.

A pesar de haber pasado la noche anterior hasta muy tarde en una compañía agradable, nos levantamos temprano el día siguiente, listos para hacer una excursión a las pirámides de Teotihuacan, a unos 16 kilómetros de distancia, guiados por uno de los hombres del señor Bowring. La carretera atraviesa la planicie, entre grandes plantaciones de maguey, pues esta región tiene fama por el tamaño de sus magueyes y por la calidad del pulque que éstos producen. De vez en cuando paramos para inspeccionar un espécimen especialmente grande, que podría tener un perímetro de hasta treinta pies, y ver el jugo que se había concentrado en el transcurso de la noche, saliendo por el gran hoyo que había sido hecho en el corazón de la planta. A los indios les encanta hacer cruces, y el maguey se presta eminentemente a este tipo de decoración. Les basta cortar unas seis u ocho pulgadas de una hoja y empotrar el pedazo en el punto agudo de otra hoja, y ya está la cruz. Cada maguey de buen tamaño tiene una o dos de estos emblemas religiosos primitivos.

Una serie de pequeñas corrientes cruzaron la carretera, y sobre ellas han construido puentes de piedra del tradicional tipo español, tan empinados como el Rialto o el puente en los platos con el motivo de sauce.

Antes de iniciar nuestra visita a las pirámides, vimos las cuevas en la cuesta del cerro no muy lejos de donde habían traído las piedras para su construcción. Es *tetzontli*, el amigdalóide poroso que abunda entre los cerros de pórfido, una hermosa piedra de construcción que es fácil de trabajar y resistente. Hubo un gran espacio de donde aparentemente habían sacado la pie-

dra, y varias cuevas desembocaron en él. Dejamos nuestros caballos en la entrada y durante alrededor de una hora investigamos el espacio. El piso estaba cubierto de cuchillos de obsidiana, puntas de flechas y fragmentos de algo que parecía haber sido herramientas más grandes o armas; y encontramos varias cabezas de martillo, grandes y pequeñas, la mayor parte hechas de dolerita (*greenstone*), algunas intactas pero la mayor parte rotas.

En Europa encontramos dos tipos de martillos de piedra. Los martillos macizos pertenecen al periodo más temprano. Son hechos de piedras largas redondas, algunos con una forma un poco artificial y una acanaladura para acomodar el asa que es un ramo flexible doblado, con los dos extremos amarrados para mantener la cabeza de piedra en su lugar. Los martillos de un periodo posterior de la Edad de Piedra tienen más la forma de los martillos de hierro que nuestros herreros utilizan hoy en día, y tienen un hoyo para el asa en medio, hecho con taladro. En Bretaña, donde se encuentran vestigios celtas en abundancia, no es raro ver martillos de este tipo colgados en las chozas de los campesinos que los usan para meter clavos. Les ponen su asa de una manera peculiar: los colocan apretados alrededor de una rama de un árbol joven, y cuando la rama crece y se aprieta firmemente a ambos lados de la cabeza de piedra, lo cortan y lo llevan a la casa, listo para ser utilizado como martillo.

Aunque los mexicanos desarrollaron la producción de cuchillos y flechas a un considerable grado de perfección, no creo que descubrieran en algún momento de su historia la técnica de hacer un hoyo en un martillo de piedra. Las asas de las hachas que se ven en los manuscritos pictográficos son palos toscos que se hinchan a un gran nudo en el extremo, y la hoja del hacha es metida en un hoyo en este nudo. Parece que las asas de algunos de los martillos mexicanos son fijadas de esta manera, mientras que otros son hechos con un acanaladura, igual que el tipo más temprano de los martillos de piedra europeos que acabamos de describir.

Cuando consideramos la belleza de las obras de los picapedreros mexicanos, nos parece increíble que las han hecho sin usar herramientas de hierro. Es evidente que en el momento de la Conquista usaban hachas de bronce, conteniendo aquella minúscula parte de estaño que le proporciona a la aleación casi la dureza de acero. Vimos muchas de esas hachas en los museos, y el señor Christy compró unas buenas piezas en una colección de antigüedades que había pertenecido a un viejo mexicano, quien a su vez las consiguió principalmente del suburbio de Tlatelolco, cerca del antiguo mercado de la ciudad. Es seguro que este tipo de hachas eran comunes entre los antiguos mexicanos. Uno de los elementos en el lienzo de tributo del Códice Mendoza son ochenta hachas de bronce.

Viene al caso un relato que nos cuenta Bernal Díaz. Cuenta que él y sus acompañantes, al darse cuenta de que los indios de la costa por lo regular llevaban hachas de metal claro, que parecía oro de baja calidad, reunieron la cantidad de seis cientos de esas hachas como resultado de tres días de trueque, en el cual les dieron a los indios canicas de cristal de colores. Ambas partes estaban altamente satisfechas con sus adquisiciones, pero al final no salió nada, como nos cuenta el cronista con disgusto, pues se mostró que el oro era cobre, y cuando los indios empezaron a entender la naturaleza de las canicas, les parecieron basura. Hachas duras de cobre de este tipo han sido encontradas en Mitla, en el estado de Oajaca [*sic*], donde los templos que se encuentran en ruinas parecen haber sido un eslabón entre los monumentos de Teotihuacán y Xochicalco y las ciudades arruinadas de Yucatán y Chiapas.

Necesitamos un eslabón más en la cadena para mostrar el uso del mismo tipo de herramientas desde México hasta Yucatán, y en efecto disponemos del eslabón necesario. En la gran obra de Lord Kingsborough acerca de las antigüedades mexicanas encontramos una escritura pictográfica que no es de origen azteca en absoluto. Los jeroglíficos que allá encontramos son similares a los de Palenque y Uxmal, y en esos manuscritos encontramos dibujos de hachas que se parecen a los de México, fijadas en el mismo tipo de asa, pero de una calidad artesanal muy superior.

Pero aquí tropezamos con una dificultad. Se supone que las pirámides de Teotihuacan, igual que la mayor parte de las grandes obras arquitectónicas del país sean obra de la raza tolteca, que abandonó esta parte del país muchos siglos antes de la conquista de los españoles. Parece increíble que el bronce haya sido utilizado en el país durante un periodo tan largo sin haber llegado a sustituir un material tan malo como la piedra en la producción de cuchillos y armas. En Europa tenemos evidencia sólida de que la introducción del bronce fue casi simultánea al total abandono del uso de la piedra para tales fines. Es cierto que Herodoto cuenta cómo los embalsadores de aquellos tiempos abrieron los cuerpos usando una “piedra etíopía”, aunque sabían del uso del metal. En efecto, los cuchillos de pedernal, a los cuales probablemente hace alusión, se pueden ver en los museos. Pero es probable que el mantenimiento de esta peculiar costumbre se debe a alguna razón mística, y no afecta el problema general. Casi en el momento que los españoles llevaron el hierro a México, éste sustituyó el antiguo material. La “edad de bronce” terminó en un año o dos, y empezó la “edad de hierro”.

Los mexicanos llamaban al cobre o al bronce *tepuztli*, una palabra de una etimología algo incierta. Juzgando de las palabras análogas en lenguas

emparentadas con la azteca, no parece impensable que haya significado originalmente 'hacha' o 'rompedor', exactamente como *iztli* u obsidiana significaba cuchillos aparentemente desde su origen.<sup>4</sup>

Cuando los mexicanos vieron el hierro en las manos de los españoles, lo llamaron *tepuztli*, de modo que ésta se convirtió en la palabra general para significar *metal*, pero luego tuvieron que distinguir entre el hierro y el cobre, igual que hacen hasta en la actualidad, llamándolos *tliltic tepuztli* y *chichiltic tepuztli*, es decir metal negro y metal rojo.

Cuando se discute el uso del bronce en la elaboración de la piedra, como se hace frecuentemente con referencia a Egipto, podemos dudar si la gente no ha subestimado sus posibilidades, cuando la proporción de estaño es calculada con exactitud para obtener la dureza máxima, y especialmente cuando entra en la composición una proporción mínima de hierro. Sir Gardner Wilkinson cuenta que probó el filo de uno de los cinceles de los albañiles egipcios, aplicándolo a la misma piedra la cual había sido una vez utilizado para cortar, y encontró que su filo se dobló inmediatamente, por lo que dudó de que esta misma herramienta hubiera sido utilizada para este fin, suponiendo, por supuesto, que la herramienta se encontrara en el mismo estado en el que la había dejado el albañil. Eso no es, sin embargo, completamente seguro. Si enterramos una herramienta de latón en un lugar húmedo durante unas semanas, habrá sufrido ciertos cambios moleculares y se habrá vuelto suave y frágil o, como dicen los artesanos, habrá muerto. Tenemos que estar completamente seguros si el hecho de haberse encontrado bajo la tierra durante siglos no puede haber obrado un cambio similar en el bronce.

He visto muchos aguacates en diferentes lugares, pero jamás había visto especímenes como los que crecían entre las piedras en esta vieja mina. Tenían troncos nudosos de madera dura, y eran tan grandes como robles Pollard. Deben de haber sido inmensamente viejos pero, por desgracia, era imposible medir su edad, la que habría sido un buen criterio de la edad de la mina, que no solamente había sido excavada antes de su tiempo sino que había sido abandonada antes también. En una de las cuevas encontramos un esqueleto humano, desteñido blanco y limpio, y cerca de él alguien había metido una cruz en una de las fisuras en un montón de piedras.

Regresando a la entrada de la grava, cargados de martillos y cuchillos, nos sentamos a ingerir nuestro desayuno en una cueva en la cual nuestro

<sup>4</sup> Existe una palabra azteca *puztequi* (romper con palos, etcétera) que posiblemente pertenece a la misma raíz que *tepuztli*. La primera sílaba *te* puede ser *te-ti* (piedra).



hombre se había instalado con sus caballos. Hice un intento por cortar una salchicha alemana con un cuchillo de obsidiana, pero el intento terminó en un completo fracaso.

Ya cuando pasamos por Otumba en nuestro camino hacia México nos había sorprendido la apariencia de las dos pirámides de Teotihuacán. Las colinas que bordean la planicie se encuentran tan cerca que achican su aparente tamaño, pero aun a la distancia las pirámides son objetos conspicuos. Ahora que nos acercamos y empezamos a subir a sus puntas y a caminar alrededor de ellas, midiéndonos contra ellas, nos dimos cuenta de su enorme tamaño. La arquitectura moderna se esfuerza por combinar el máximo efecto con un costo mínimo, y las iglesias modernas del sur de Europa y de América Latina, con sus fachadas altas y finas dando hacia la calle, y sus edificios pequeños e insignificantes atrás, muestran esta idea en su desarrollo más pleno. Pero las pirámides no son construidas buscando este efecto, y la impresión visual es modesta en comparación con su enorme masa de material. No obstante, éstas le confieren a uno un sentido de magnitud sólida que ningún otro edificio transmite, no importa cuán grandes sean sus dimensiones. Ninguno de nosotros había visto las pirámides de Egipto. Aun en México, las pirámides de Teotihuacán no son de las más grandes; aunque las pirámides de Cholula no llegan a su altura, cubren una superficie mucho mayor. Si estos monumentos se encontraran en Egipto, de acuerdo con sus dimensiones, estarían apenas entre las de segunda clase.

Como se ha dicho frecuentemente, edificios como éstos se pueden construir solamente bajo condiciones sociales peculiares. El gobernante tiene que ser un soberano despótico, y debe haber masas de esclavos cuyas subsistencia y vidas sean sacrificadas sin escrúpulos para realizar los caprichos del monarca, quien más que gobernante es el dueño irrestricto del país y del pueblo. La densidad de la población tiene que ser muy alta, pues en caso contrario la economía no aguantaría la pérdida de una proporción tan alta de la clase obrera, y la alimentación vegetal debe ser extremadamente abundante en el país para darles de comer durante su ocupación en esta labor improductiva.

Sabemos qué tan grande era la influencia de las clases sacerdotales en Egipto, aunque las pirámides allá, que son más bien tumbas que templos, no lo comprueban. En México, sin embargo, las mismas pirámides eran templos y solamente de manera incidental servían también como tumbas, y sus dimensiones prueban, en lo referente a la influencia de los sacerdotes, que los dos pueblos se parecían mucho.

Como las pirámides egipcias, también éstas estaban orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. Su forma no era exactamente piramidal, porque la línea del fundamento al punto está interrumpida por tres terrazas, o posiblemente cuatro, que las circundan por completo, y en el punto estaba un espacio plano cuadrangular en el cual se encontraban los ídolos y los altares sacrificiales. Esta construcción se asemejaba mucho a algunas de las pirámides egipcias menores. Varios tramos de escaleras subían directamente de terraza a terraza, y la procesión de sacerdotes y víctimas dio la vuelta completa alrededor del cuerpo de la pirámide en cada piso antes de ascender a los pisos superior y último. La más grande de las dos *teocallis* está dedicada al sol, tiene una base de alrededor de 640 pies y una altura de aproximadamente 170 pies. La otra, dedicada a la luna, es más pequeña.

Estos monumentos se llaman *teocallis*, no porque eran pirámides sino porque eran templos; *teocalli* significa "casa de dios" (*teotl*, dios; *calli*, casa), una palabra que causa algo de asombro en el viajero la primera vez que la escucha, y Humboldt no resistió la tentación de hacer referencia a su correspondencia con *theou calia*, *dei cella*. Encontramos otra coincidencia curiosa en la denominación azteca de sus sacerdotes, *papahua*, cuya raíz es *papa* (la sílaba *hua* es solamente una terminación). En el Mundo Antiguo la palabra *papa*, papa o sacerdote, se relacionaba con la idea de padre o abuelo, pero la palabra azteca no comparte este origen. Cuando los aztecas abandonaron sus templos y empezaron a construir iglesias cristianas las llamaron también *teocallis*, y es posible que las sigan llamando así en la actualidad.

En gran medida la dura lluvia tropical había diluido la nitidez del perfil de esas estructuras, acercándolas más a la forma de auténticas pirámides de lo que originalmente era el caso. Pero al subir por sus lados podíamos distinguir distinguir las terrazas y aun tramos de escaleras.

Las pirámides consisten de una cáscara exterior de piedras tajadas, cubiertas de estuco liso que ha resistido los efectos del tiempo y del abuso de una manera maravillosa. Adentro de los envoltura se encontraban adobes, piedras, barro y mezcla, como uno lo encuentra en lugares donde la superficie ha sido perjudicada, y metiéndose dentro del pequeño pasaje que lleva hacia dentro de la Pirámide de la Luna. Ambas pirámides son casi por completo cubiertas con una capa de escombros, llena de trozos de flechas y cuchillos de obsidiana y cerámica rota. En la *teocalli* de la luna encontramos un número de moluscos recientes, lo que nos causó una extrema confusión; la única posible explicación que se nos ocurrió es que podrían haber sido llevados allá

como ofrendas. Aparentemente Humboldt logra resolver el misterio en un lugar que encontré mucho tiempo después, pues escribe, hablando de la gran *teocalli* de la ciudad de México, y citando de una vieja descripción, que la luna tenía un pequeño templo construido con conchas de mariscos en el gran patio. Aquellos que encontramos pueden haber sido los restos de una estructura similar encima de la pirámide.

Aguacates, magueyes y arbustos de mesquite han logrado cubrir las pirámides en todas direcciones, y éstas se presentan como si fueran sencillamente montículos naturales. Uno puede ver los campos de lava del Etna cubiertos de aguacates en Sicilia: bajo circunstancias normales se requieren varios siglos antes de que siquiera la superficie de esta lava dura se desintegre en suelo, pero las raíces de los cactus pronto la rompen y unos pocos años son suficientes para romperla a una profundidad suficiente para permitir que se planten viñas. Aquí la misma planta ha afectado de la misma manera los amigdaloides porosos que se encuentran frente a la pirámide y ha cortado la superficie, pero la vegetación que la cubre la defenderá contra la lluvia, y en esta condición los futuros siglos causarán apenas cambios insignificantes en estos edificios extraordinarios.

Cerca de Niza hay una colina que da una idea correcta de la apariencia de las *teocallis* con terrazas en México, así como deben haber aparecido antes que el diente del tiempo les quitara la nitidez de sus líneas. Donde se unen los valles de Paglione y San Andrés, la colina entre ellos termina en una media pirámide, cuyo ángulo se coloca hacia el sur; los habitantes, como es su costumbre en el sur de Europa, han convertido las dos inclinaciones en terrazas para impedir que las primeras lluvias fuertes se lleven los suelos que ellos tan laboriosamente han subido. Visto desde la perspectiva propia y adecuada, la similitud es asombrosa.

Desde el lado meridional del Templo de la Luna corre una avenida de monumentos funerarios, el Micaotli, el “sendero de los muertos”. Encima de esta colinas, y alrededor de la base de las pirámides mismas, solía congregarse la entera población de la ciudad de Teotihuacán, en aquellos tiempos una gran ciudad, y de sus alrededores, para ver a los sacerdotes y las víctimas desfilar alrededor de las terrazas y ascender en plena vista de todos. Aquí parado, uno podría imaginarse el escenario que vieron Cortés y sus hombres desde su campamento fuera de México aquel día ominoso cuando los mexicanos les cortaron la retirada por los caminos e hicieron prisioneros a más de sesenta españoles. Bernal Díaz estaba presente y cuenta cómo desde la ciudad escucharon el gran tambor de *Huitzilipochtli* [sic] emitiendo sonidos raros y

terribles, que se escuchaban a millas de distancia, junto con el sonido de muchos cuernos y trompetas. Y como vieron a los mexicanos subiendo a fuerza a los prisioneros, a empujones y a golpes, cuando dirigieron la vista hacia la gran *teocalli*, hasta que alcanzaran la cúspide, “donde se encontraban los malditos ídolos”. Entonces les colocaron plumas en el pelo, les dieron abanicos en la mano y los hicieron bailar ante el ídolo; y cuando terminaron de bailar, los echaron a la espalda encima de la piedra sacrificial que estaba allá, abrieron su pecho con cuchillos de piedra, les arrancaron el corazón y los sacrificaron. Tiraron los cuerpos hacia abajo por las escaleras, hasta el fondo. Más no pueden haber visto los españoles, aunque Díaz describe de manera detallada todos los procedimientos, como si se hubieran cometido ante sus ojos. Pero no fue la primera vez que vieron estas cosas, y sabían muy bien qué pasaba allí abajo, cómo los carniceros estaban esperando para desmenuzar los cadáveres cuando alcanzaran el fondo, para cocinarlos con chile y devorarlos en la cena solemne la misma noche.

A esta hora el día iba agonizando, y al pie de la gran pirámide estaba esperando nuestro hombre con los caballos, y con él un indio que había interceptado media hora antes y había mandado con medio real a comprar pulque y comprar lo que pudiera de flechas de obsidiana y cabezas de barro en los ranchos alrededor.

Cerca del lugar de donde empezamos dos o tres indios estaban trabajando diligentemente en su mina de piedra, es decir que estaban sacando con mucho trabajo grandes piedras esculpidas desde el lado de la pirámide para con ellas construir sus propias paredes. Y, en efecto, en cada casa en un radio de varias millas vimos piedras que provenían de la misma fuente, como lo mostraba el estuco que todavía quedaba en ellas, liso como mármol pulido y pintada con un rojo con cinabrio.

En el momento que escribo eso, recuerdo un viejo trofeo en el norte de Italia, construido —como estas pirámides— de una cáscara de piedras talladas, lleno de piedras rudas y cemento, y ahora tan duro como la roca misma. Allí vi a los habitantes del pueblo que se encuentra a su pie llevarse los grandes bloques de piedra caliza, pero sólo después de dividirlos en trozos de un tamaño que podían manejar, para utilizar en la construcción y modificación de sus propias casas. En diferentes partes en este pequeño pueblo italiano podemos ver, en piedras en los muros de las casas, letras de las viejas inscripciones que una vez estaban en el trofeo, y la edad de las casas muestra que durante siglos el monumento había proporcionado materiales de construcción.

Regresando a casa a caballo notamos al borde del camino y donde habían excavado trincheras, muchos viejos pisos mexicanos de piedra cubiertos con estuco. Encima de ellos se ha acumulado el suelo, de manera que su posición es similar a la de los empedrados romanos que encontramos tan frecuentemente en Europa; podemos adivinar, de lo que vimos expuesto, que el número de este tipo de restos que todavía no han sido revelados debe ser enorme, y que la población que una vez habitaba esta planicie, que ahora es casi despoblada, debe haber sido enorme.

Dos días después regresamos. En los campos arados de la región intentamos muchas veces encontrar un lugar donde fuera posible pararnos sin que estuviera a la vista algún vestigio del México Antiguo; no nos fue posible. Por todos lados la tierra estaba llena de cerámica sin greta y obsidiana, y aún encontramos flechas y figurillas de barro con suficiente calidad como para merecer ser expuestas en un museo. Cuando salimos de Inglaterra, ambos dudamos de los cuentos de los historiadores de la Conquista, convencidos de que habían exagerado el número de habitantes y el tamaño de las ciudades, debido a un deseo natural de presentar su conquista de una manera ventajosa y de escribir la historia más maravillosa posible, así como suelen hacer los historiadores. Pero nuestros estudios de las ruinas mexicanas pronto nos provocaron a retirar estas acusaciones y aún nos inclinaron a acusar a los cronistas de no haber tenido ojos para las maravillas que los rodeaban.

No quiero decir que estábamos dispuestos a tragar las exageraciones monstruosas de Solís y Gómara, y tampoco las de otros cronistas españoles que aparentemente pensaban que era tan fácil decir *mil* como decir *cien*, y que además sonaba mucho mejor. Pero cuando hacemos caso omiso de este tipo de escritores, sometiendo a las autoridades más valiosas a una severa crítica, no nos parece que la historia que podemos extraer de estas fuentes sea mucho menos confiable que la historia de Europa del mismo periodo. Posiblemente no existe mejor manera de expresar esta opinión que señalar que lo que vimos en México en general tendía a confirmar la *Historia de la Conquista* de Prescott, y raras veces sus enunciados nos parecieron improbables.

Hay otros montículos cerca de las pirámides, aparte del *Micaotli*. Dos lados de la Pirámide del Sol son rodeados de ellas, y aparte de numerosas pequeñas colinas dispersas hay dos cuadrados de colinas a igual distancia de ella al norte y al sur. Cerca de las pirámides se encuentran algunas piedras esculpidas, y dentro de la más pequeña se encuentra enterrado lo que parece ser un busto femenino de un enorme tamaño, con la boca parecida a un anillo ovalado, un rasgo muy común en la escultura mexicana.

La misma abundancia de vestigios antiguos que encontramos aquí caracteriza los alrededores de todos los monumentos mexicanos en el campo, con una excepción curiosa: Burkart menciona que cerca de los extensos vestigios de los templos conocidos como Los Edificios, en la cercanía de Zacatecas, no se encontraron huellas de cerámica u obsidiana.

Antes de irnos organizamos una solemne subasta de antigüedades. Nos sentamos en el piso con las piernas cruzadas y las mujeres y los niños nos trajeron muchos artículos curiosos de barro y obsidiana. Compramos sus mercancías y las depositamos en dos grandes costales de fibra de maguey que nuestro hombre llevaba en su arzón. Entre los artículos que compramos habían varias pipas o silbatos de cerámica, *pitos* como los llaman en español, y en el exacto momento en que estábamos montando a nuestros caballos para partir, un muchacho subió a la cúspide de una de las colinas y tocó en uno de esos pitos una larga y triste nota que se escuchaba a millas de distancia. Nuestros amigos nos habían llenado las cabezas con historias de ladrones y emboscadas, y estábamos convencidos de que se trataba de una señal dirigida a unos asaltantes que nos estarían esperando, y tanto más como que el muchacho salió corriendo en cuanto hubiera terminado su melodía, y cuando miramos alrededor de nosotros en busca de las personas que nos habían vendido sus antigüedades, todas habían desaparecido. Pero no pasó nada y llegamos a salvo a Tezcuco.

Como de costumbre pasamos una noche larga y agradable, y nos separamos tarde. Pero el dueño del taller de vidrio que había pasado la noche con nosotros tuvo una experiencia dramática en su camino a casa. Pasaba tranquilamente a caballo cuando salieron dos hombres detrás de la esquina de la calle, gritando "¡Alto ahí!". Pensaba que eran asaltantes y se alejó galopando. Se le cayó su sombrero y los hombres le dispararon, mandando dos balas zumbando cerca de su cabeza, por lo que aceleró todavía más su paso, hasta que alcanzara su casa. Allí agarró sus pistolas y regresó, armado hasta los dientes, para recoger su sombrero que se encontraba todavía en el lugar donde se había caído. El día siguiente se reveló que los supuestos asaltantes eran integrantes de la guardia nacional que habían estado patrullando las calles, pero su procedimiento era ciertamente cuestionable.

Esa misma noche tuvimos una visita desagradable. De acuerdo con la costumbre de la Casa Grande, a partir de la puesta del sol un guardia patrullaba durante toda la noche, tocando su flauta cada cuarto de hora para asegurar que estaba despierto y haciendo su ronda. Esta fue la protección contra peligros viniendo desde fuera. Adentro de la casa, *pour surcrot de précaution*, un sirviente

visitaba a todas las habitaciones para cerciorarse que todos estuvieran en su cuarto; después de haberse asegurado de que así fuera, soltaba en el patio dos enormes *bulldogs*, que sembraron terror entre los criados de la casa y en la vecindad entera. Aquella noche particular, un ruido de nuestra propia puerta me despertó de mi sueño profundo, y tuve el placer de ver a una criatura entrar tranquila y deliberadamente, apareciendo enorme y terrible a la luz de la luna. La bestia se había metido en el establo dos noches antes y había sujetado una vaca contra el piso que estaba allá, sin dejarla salir, hasta la mañana siguiente cuando su dueño lo recogió. Con esta capacidad del *bulldog* fresca en mi memoria, preferí no oponerme de ninguna manera a su intrusión, quedándome quieto hasta que hubiera satisfecho su curiosidad, caminando por la habitación y olfateando nuestra cama para luego acostarse en mi carpeta. Pronto volví a dormir y el día siguiente se había ido. Parece que a los extranjeros en México les encantan estos feroces *bulldogs*. La Casa Grande en Tezcucó está lejos de ser el único lugar en los cuales forman parte de la guarnición. Un inglés, amigo de nosotros, que vive en la ciudad de México, tenía dos de esas bestias en sus aposentos y ni siquiera sus sirvientes se atrevieron a subir allá cuando el patrón no estuviera en sus cuartos.

Cualquiera que haya leído el *México* de Prescott recordará a Nezahualcóyotl, el rey de Tezcucó, y los palacios que allá les construyó a sus esposas, a sus poetas y a todos los demás de su gran corte. Esos palacios fueron construidos principalmente con tabiques de lodo, y el tiempo así como también los españoles los han tratado tan mal que ni siquiera es posible vislumbrar su contorno. Es exactamente posible distinguir el contorno de dos grandes *teocallis*, y el señor Bowring tiene en su jardín unos montículos que algún día serán inspeccionados. En el muro de una de las iglesias se encuentra integrado un calendario mexicano; cuando paseábamos por las calles de la ciudad observamos unas piedras que deben haber sido esculpidas antes que los españoles llegaran con su degenerado estilo clásico, parando así el desarrollo del arte nativo. En lo que se refiere a las demás partes del antiguo Tezcucó, se ha convertido en montículos; donde sea que cavan canales o construyen los cimientos para casas y edificios, se encuentra el suelo lleno de sus restos.

Como ya mencioné cuando hablaba de los pisos cubiertos de estuco cerca de Teotihuacán, la acumulación de suelo aluvial continúa con sorprendente rapidez, muy regularmente, a través de toda la planicie de México y de Puebla, donde todas las condiciones favorecen su depósito y los restos humanos que son preservados en él son tan numerosos que su edad es más que evidente. Eso vimos con máxima claridad entre Tezcucó y la hacienda Miraflores. Antici-

pando la estación de las lluvias acaban de cavar una acequia, de unos cinco pies de profundidad. Ahora estaba seco, y caminando a lo largo de la acequia encontramos tres periodos de la historia de México claramente apreciable desde un extremo al otro. Primero estaba el puro aluvium, sin restos humanos. Luego, inmediatamente arriba, se vieron fragmentos de cuchillos de obsidiana y piezas de cerámica sin greta. Y luego, más arriba todavía, un tercer yacimiento donde ya no había obsidiana y gran parte de la cerámica estaba todavía sin greta; pero muchos fragmentos eran con greta y mostraron los patrones inconfundibles de la cerámica española con los colores negro y amarillo.

Es una lástima que esos depósitos aluviales, que proporcionan tan excelente evidencia acerca del orden en el cual diferentes pueblos o estados se sucedieron en el terreno, son tan inútiles para el esfuerzo de calcular el tiempo de su duración. Pero es fácil darse cuenta de que así será siempre, viendo cómo el espesor de los depósitos es alterado por accidentes como la formación de un dique de lodo o la construcción de un canal, eventos que forzosamente ocurren todo el tiempo en cualquier región donde esta acumulación sucede. El único lugar donde es posible basar cálculo alguno en su espesor es en las riberas del Nilo, donde su acumulación alrededor de los antiguos monumentos tal vez nos puede proporcionar un criterio para medir el tiempo que haya pasado desde que el hombre dejó de remover los depósitos del río.<sup>5</sup>

Como una instancia de la tendencia de los depósitos aluviales de cubrir tales monumentos de etapas anteriores, tengo que mencionar el Templo de Segeste que se encuentra en una inclinación grande entre las colinas del norte de Sicilia. Me habían platicado acerca de las proporciones elegantes de este templo dórico, construido por los colonos griegos, pero enorme fue mi sorpresa cuando lo avisté y vi un pedimento sostenido por dos filas de columnas gruesas y chaparras, sin bases, que se erigieron directamente del piso. Una inspección más detenida revela la causa de esta extraordinaria distorsión. Durante los alrededor de 2 500 años que han pasado desde su abandono, la inclinación se había elevado nada menos seis pies, y el templo ahora se encuentra en un pozo rectangular que ha sido excavado recientemente. Cuando

<sup>5</sup> Las investigaciones fueron llevadas a cabo por el señor L. Horner en el aluvio cerca de Heliópolis y Memfis (*Philosophical Transactions*, 1855 & 1856), no obstante su alto nivel de elaboración, todavía dejan mucho a desear antes de que nos permitan formular conclusiones definitivas.



dejamos el lugar dimos vuelta para verlo de nuevo, a la distancia de unas pocas yardas, la hermosa simetría del complejo había desaparecido de nuevo.

Regresamos a Tezcuco. A unas tres o cuatro millas del pueblo se encuentra la Colina de Tezcotzinco, donde Nezalhualcáyotl tenía sus jardines de recreación. Hicimos una excursión a esta colina con el señor Bowring como nuestro guía, temprano una mañana. No fuimos directamente a la colina de Tezcotzinco,<sup>6</sup> primero fuimos a otra colina que es conectada con él a través de un acueducto de inmensas dimensiones, siguiendo el acueducto. Las montañas en esta parte son de porfirio, y el canal del acueducto era hecho principalmente de esta piedra, y el estuco liso que alguna vez había cubierto todo estaba todavía perfectamente intacto. El canal se encontraba no sobre arcos, sino sobre muros masivos de una altura de entre ciento cincuenta y doscientos pies, y lo bastante amplio para dejar pasar una carreta.

La colina misma está cubierta de maleza, maguey y aguacates, pero fue posible distinguir un gran número de senderos y escalones esculpidos en la roca. Una terraza rodeaba por completo la colina, un poco debajo de la cúspide, permitiéndole al monarca vigilar de allí una buena parte de su pequeño reino. En la cúspide misma observé bloques de piedras esculpidas, y en sus lados hay dos pequeños baños circulares, excavados en la roca sólida. Dos tramos de escaleras llevan al inferior de los dos baños, y el asiento del que se baña y las pipas que transportan el agua están perfectamente intactos.

Su majestad solía pasar la tarde aquí en el lado sombreado, aparentemente sentado en agua hasta la cintura, como una rana, si uno puede juzgar de la altura del pequeño asiento en el baño. Si acaso como dicen algunos, no se trata de baños sino simplemente de tanques con corrientes de agua, ¿para qué servían los escalones cavados en sus lados, que son exactamente de la altura y la anchura que le permitiera a un hombre estar sentado allá? Desde hace siglos el agua ya no corre, y el sol matutino casi nos asaba, hasta que nos metimos en una especie de cueva que dicen que ha sido excavada en la colina con el objetivo de buscar tesoros. Parece que una vez había un calendario mexicano esculpido en la roca en este lugar, y unos hombres blancos que se interesaban por este tipo de cosas solían venir y verlo, hurgando curiosamente en el lugar en búsqueda de otras antigüedades. Como es comprensible, los

<sup>6</sup> En el texto original Tylor escribe 'Tezcotzinco' en este caso, pero en otras dos ocasiones (que aparecen más adelante en el texto) lo escribe 'Tetzcotzingo' (*N. del t.*).

indios pensaban que esperaron encontrar tesoros, y en un intento por ganarles y llegar primero bajaron el calendario e hicieron la larga excavación detrás de él.

Aquí nos sentamos en la sombra, disfrutando nuestro desayuno y escuchando las historias del señor Bowring acerca del arte medicinal como se practicaba en los estados septentrionales de México, donde la decocción de una camisa es considerada como un remedio invaluable cuando es administrada internamente. Y el remedio reconocido contra el *lumbago* consiste en untar al paciente con los calzones de una persona llamada Juan. No cabe duda de que este tratamiento surte un efecto seguro.

Cerca de Tezcuco hay un viejo puente mexicano que parece haber sido el original Puente de los Bergantines, el puente donde Cortés hizo lanzar los bergantines en el Lago de Tezcuco. Este puente tiene un tramo de alrededor de veinte pies, y es interesante porque nos muestra qué tan cerca habían llegado los mexicanos a la idea de la bóveda. Está construido en la forma de un techo que se sostiene sobre dos pilares y hecho de lozas de piedra con el punto hacia arriba y con mezcla en los espacios intersticiales, y las lozas son lo suficientemente irregulares como para asegurar su cohesión, como las piedras de una auténtica bóveda. De vez en cuando es posible ver en Europa pequeñas chozas de piedra hechos de la misma manera, pero veinte pies es un tramo enorme para una construcción de este tipo. He visto edificios similares en el norte de Italia, en lugares donde la piedra caliza está tan estratificada que ofrece lozas crudas, tres o cuatro pulgadas gruesas, y se dejan sacar con muy poco trabajo. En Kerry hay casas antiguas e iglesias cuyos techos son construidos del mismo modo. Lo que hace el puente de Tezcuco más interesante es que está colocado de soslayo, lo que ha hecho su construcción más laboriosa.

Los bergantines que construyeron los españoles y tan maravillosamente transportaron hasta el otro lado de la montaña cumplieron plenamente su función, pues sin su existencia la victoria probablemente habría sido imposible. Después de la conquista se guardaron durante algunos años, debido al excelente servicio que habían rendido, pero después parece que no se han vuelto a utilizar embarcaciones de tal tamaño en el lago; creo que el único barco de vela ahora es el del señor Bowring, y los indios lo miran de reojo, negándose a imitarlo. Es cierto que un pequeño barco de vapor se encuentra amarrado en algún lugar cerca de la ciudad, y que a cierta distancia tiene un aspecto bastante civilizado. Sin embargo, nunca va a ningún lado y creo que alguien me contó que cuando acaba de salir del astillero pusieron en marcha

su máquina de vapor, pero el comportamiento de la maquinaria fue tan raro y extraordinario que nadie se ha atrevido a repetir el experimento desde entonces.

Antes de abandonar Tezcucó salimos en un barco para explorar las plantas de sal del señor Bowring, que son más bien parecidas a las de la Francia meridional. Parches del lago son separados por medio de paredes y al agua se le permite evaporar, un proceso que es muy rápido bajo un sol brillante, y con una presión encima que es solamente las tres cuartas partes de la presión que tenemos en el nivel del mar. El agua del lago, así concentrada, es dirigida hacia tanques más pequeños. Ésta contiene carbonato y sesquicarbonato de sodio, y sal común y corriente. Al agregar calcio, el sesquicarbonato de sodio se convierte en carbonato simple, y eso es separado de la sal aprovechando el hecho que tienen diferentes puntos de cristalización. Una parte de la sal se consume en la economía familiar, mientras que otra parte se usa en la extracción de plata de la mena, y la sosa es comprada por los productores de jabón.

Los comentarios de Humboldt acerca del limitado consumo de sal en México son curiosos. El promedio consumido con la alimentación es solamente una pequeña fracción del promedio en Europa. Mientras que los tlaxcaltecas se encontraban en guerra contra los aztecas tuvieron que pasarla sin sal durante muchos años, ya que ésta no se producía en su región. Humboldt piensa que el Chile que consumen en grandes cantidades sustituye la sal. Hay que recordar que el suelo está impregnado de sal y natrón en muchas de las regiones de tierra alta, y es posible que los habitantes hayan comido tierra que contiene estos ingredientes, así como lo hacen en varias partes del Viejo Mundo con el mismo fin.

Salimos de la lancha después de navegar hasta el final de aquellos grandes charolas de evaporación y encontramos caballos esperando para llevarnos al Bosque del Contador. Éste es una plaza grande que da a las cuatro direcciones cardinales, y compuesto de ahuehuetes, grandes cipreses deciduos, muchos de los cuales miden más de cuarenta pies alrededor y han sido sembrados antes del descubrimiento de América. Mi acompañante, que no se contentaba con excavaciones hechas de segunda mano, deseaba encargarse algunas excavaciones por su cuenta y, no obstante la inexistencia de edificios, decidió de manera muy razonada hacerlas donde la apariencia del suelo y los montículos en el alrededor, junto con la fama histórica del lugar, parecían prometer que se encontraría algo para hacer que una búsqueda diligente valiera la pena. La excavación fue llevada plenamente

a cabo y se encontraron unos finos ídolos de piedra dura, junto con una infinidad de piezas de cerámica y objetos más pequeños.

Al revisar mis apuntes de Tezcucó, no encuentro mucho más que merezca ser mencionado, solamente que uno de los platillos más populares consiste en huevos de mosca fritos. Esos huevos son depositados en las orillas del lago y los indígenas los buscan allá; se encuentran en tales cantidades que en un lugar donde un pequeño arroyo deposita carbonato de calcio se forma un tipo peculiar de travertino, que consiste en grandes cantidades de esos huevos incrustados en el depósito calizo.

Los mexicanos llaman a las moscas que producen esos huevos *axayacatl*, o 'superficie del agua'. Hubo un famoso rey azteca con este nombre, y su nombre se representa en la escritura pictórica con un dibujo de la cara de un hombre cubierta de agua. Los huevos son vendidos en pastel en el mercado, son amasados y cocidos, formando una sustancia como la hueva de un pescado. Eso se conoce bajo el nombre característico de *ahuauhtli* o "trigo de agua".

Nuestra última actividad en Tezcucó fue presenciar la construcción de una nueva pipa para el agua de las obras de sal. Menciono eso debido a que los tubos eran exactamente los mismos que habían sido introducidos en España por los moros, y que los españoles habían traído al Nuevo Mundo. Esos tubos son hechos de barro y luego tienen una capa de greta, y son delgados en el extremo que se introduce en el extremo más ancho del siguiente tubo. La mezcla está hecha de cal, grasa y cabello, y se hace duro al enfriarse, pero se vuelve más suave y manejable al aplicarle un leve calor. Mil años no han causado ningún cambio en el modo de producción de esos tubos. Aquí, sin embargo, la tierra es tan plana que falta una de las grandes características de las instalaciones hidráulicas de los moros: faltan las columnas de agua que constituyen un rasgo tan conspicuo en el campo alrededor de Palermo, y en otras partes donde el sistema de irrigación introducido por los moros subsiste aún. Se trata de pilares cuadrados que llegan a una altura de veinte o treinta pies, con una cisterna encima de cada columna que recibe el agua del nivel superior, y de las que el agua continúa hacia abajo por otros tubos. El único objeto de todo este aparato es romper la columna de agua y reducir la presión a los treinta o cuarenta pies que aguantan los tubos de barro.

La cuestión de la irrigación es muy interesante, y tiene relevancia para el futuro de México. Visitamos dos o tres granjas en la planicie, donde los jardines son regularmente regados por medio de canales artificiales, lo que produce una vegetación de una extraordinaria exuberancia y belleza, convir-

tiendo estos lugares en un oasis en medio del desierto. En los niveles inferiores de la tierra templada, en las haciendas donde se cultiva caña de azúcar ha sido establecido un sistema muy costoso de abastecimiento de agua, con muy buen resultado. Aun en las planicies de México y Puebla los campos de trigo reciben irrigación en una escala limitada. No obstante este progreso en una dirección deseable, el país demuestra un deplorable desperdicio de uno de los principales elementos en la riqueza y la prosperidad del país: el agua.

En este sentido podemos comparar España y las tierras altas de México. En ninguno de los dos países escasea el agua, pero ambos son secos y parchados, mientras que el número y el tamaño de sus cauces de torrentes nos muestra con qué violencia las corrientes de las montañas descienden a los lagos y los ríos, más bien con carácter de agentes de destrucción que en beneficio del país. Curiosamente, en ambos países han habitado razas que entendieron que el agua era la sangre que asegura la vida en el campo, y se esforzaron duramente para construir sistemas de arterias que la distribuyera sobre su superficie. Pero en ambos países los españoles aguerridos vencieron a esas razas y dejaron que los sistemas de irrigación ya construidos decayeran y se arruinaran.

Cuando los moriscos fueron expulsados de sus provincias nativas de Andalucía y Granada, sus lugares con lentitud fueron ocupados por otros colonos, así que gran parte de sus acueductos y corrientes de agua cayeron en desuso en un periodo de pocos años. Además, esos nuevos colonos vinieron de las provincias en el norte, donde poco se entendía la lógica de la cultura morisca; y, por increíble que pueda parecer, aunque deben haber tenido evidencias visibles de las ventajas de la irrigación artificial, llegaron incluso a descuidar el mantenimiento de los canales de irrigación en su propia tierra. Ahora el viajero que pasea por el sur de España puede encontrar en valles despoblados yermos restos de las construcciones de los moriscos, que hace siglos aseguraban la fertilidad de los campos de trigo y los huertos, convirtiendo el país en el jardín de Europa.

Hubo otra nación que aparentemente rebasa con mucho tanto a los moros como a los aztecas en las dimensiones de sus construcciones hidráulicas. Los peruvianos penetraron montañas, llenaron valles y desviaron ríos enteros por medio de canales artificiales, con el fin de irrigar sus tierras sedientas. La relación de los historiadores de estas construcciones hidráulicas en buen estado, y aun las descripciones de viajeros de las ruinas que se conservan nos causan asombro. Parece casi como una rara fatalidad que esta nación también

haya sido conquistada por la misma raza, y que la ruina de sus grandes obras nacionales siguió inmediatamente a la conquista.

España se está recuperando de nuevo después de largos siglos de decadencia, y está desarrollando energía y recursos que al parecer podrán llevar el país a una posición elevada entre las naciones europeas, y los españoles comienzan a adquirir la capacidad de defenderse en el contexto de los pueblos de Europa. Pero han tenido que pagar caro los errores de sus ancestros durante los días grandiosos de Carlos V.

Es cierto que no es posible comparar el conocimiento de los antiguos mexicanos con el de los árabes españoles o de los peruvianos en asuntos de agricultura y el arte de la irrigación, pero tanto la historia como los vestigios que todavía se encuentran en el país muestran que habían hecho un considerable progreso en las partes más densamente pobladas de la planicie. El acueducto de Tetzcotcinco, ya en ruinas, que acabo de mencionar, era una obra grandiosa que servía para abastecer con agua a los grandes jardines de Nezahualcōyotl, que cubrieron un territorio muy grande y provocaron la admiración de los conquistadores. Éstos, sin embargo, los destruyeron pronto, con el objetivo, según dicen, de que no quedaran para recordar a sus habitantes conquistados su pasado pagano.

Sin embargo, parece que este tipo de construcciones no llegaron a cubrir provincias enteras, como fue el caso en España. En los distritos montañosos, escasamente poblados, los indígenas trabajaron sus pequeños lotes con un azadón y los regaron con el uso de jarras de barro, así como siguen haciendo hasta el día de hoy.

Los españoles mejoraron la agricultura del país introduciendo cereales y frutales europeos, así como el antiguo arado romano que se utiliza todavía en la actualidad, tanto en México como en España, pues dos mil años de uso no han logrado superarlo. Contra esas mejoras tenemos que contar el enorme daño hecho a la tierra en lo referente a su cultivo. La conquista costó la vida de varios cientos de miles de personas pertenecientes a las clases trabajadoras, y otros más fueron sustraídos del cultivo de la tierra para trabajar como esclavos en la construcción de edificios e iglesias y en las minas de plata. Con la salida de los habitantes la tierra dejó de ser cultivada, y gran parte ha vuelto a ser desierto. Incluso antes de la conquista, durante muchos años el país había padecido guerras continuas, durante las cuales miles de personas perecieron en los campos de batalla, pero cada año miles de prisioneros fueron sacrificados, mientras que la hambruna se llevó a las mujeres y los niños cuyos esposos y padres hubieran perecido. Pero la carnicería y la hambruna

de los primeros años de la conquista española fue muy superior a cualquier cosa que el país hubiera sufrido antes.

En el momento de la conquista de México, los españoles dejaron decaer las instalaciones de irrigación de los nativos, y tomaron medidas todavía más directas para privar a la tierra el agua necesaria para su cultivo, a través de la destrucción indiscriminada de los bosques que cubrían las colinas alrededor de las planicies. Cuando los árboles fueron talados la maleza desapareció pronto, y el suelo que había frenado el curso de las aguas que descendían por las inclinaciones rápido fue barrido. Durante los cuatro meses de la temporada de las lluvias, cada lluvia fuerte manda hacia abajo una corriente por la cuenca, que se convierte en un río que desemboca en el océano o, como es el caso en el Valle de México, en un lago salado, donde sólo perjudica la tierra alrededor. En ambos casos se pierde sin servir de nada.

En años recientes la fuerza de las circunstancias impuso a los dueños españoles de la tierra la necesidad del sistema, y se gastaron grandes sumas en la construcción de canales de irrigación, aun en los estados remotos en el norte.

En el territorio norteamericano recientemente adquirido de México, la historia se ha repetido de una manera muy curiosa. Aprendimos de Froebel, el viajero alemán, que a los nuevos colonos norteamericanos no les gustó el sistema de irrigación que encontraron funcionando en el país, pues no formaba parte de sus costumbres, e interfirió con sus ideas de libertad, interponiendo restricciones a sus posibilidades de hacer lo que quisieran en su propia tierra. Así que en la actualidad permitieron que muchos canales de irrigación se convirtieran en ruinas. Por supuesto, pronto se dieron cuenta de su error, y ahora es casi seguro que invertirán fuertemente en la irrigación. No deberíamos juzgar demasiado severamente a los españoles del siglo XVI por haber cometido un error que los norteamericanos han estado cometiendo bajo circunstancias similares en el siglo XIX.

## BIBLIOGRAFÍA

**Bartra, Roger**

1993 "Lewis Henry Morgan: Las obras del castor", prólogo a Lewis Henry Morgan, en *La sociedad antigua*, México, CNCA, pp. 11-21.

**Díaz Cruz, Rodrigo**

1998 *Archipiélago de rituales. Teorías antropológicas del ritual*, Barcelona, Anthropos/ UAM-Iztapalapa.

**Evans-Pritchard, E. E.**

1978 (1959) "Los antropólogos y la religión", en Evans-Pritchard, *Ensayos de antropología social*, México, Siglo XXI, pp. 24-43.

**Ferguson, Adam**

1967 (1766) *An Essay on the History of Civil Society*, Londres, Edición de Duncan Forbes.

**Jones, Robert Alur**

1984 "Smith and Frazer on Religion", en Stocking (ed.), *Functionalism Historized*, Madison, University of Wisconsin Press, pp. 31-58.

**Meek, Ronald L.**

1981 *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, Madrid, Siglo XXI.

**Millar, John**

1806 (1771) *The Origin of the Distinction of Ranks in Society*, Londres, J. Murray.

**Moreno, Roberto**

1984 *La polémica del darwinismo en México. Siglo XIX*, México, UNAM.

**Morgan, Lewis Henry**

1993 *La sociedad antigua*, México, CONACULTA.

**Stocking, George W.**

1968 "Edward Burnett Tylor", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Madrid, Aguilar, v. x, pp. 543-549.

**Sumner, William Graham**

1912 *Folkways*, Nueva York, Mentor Books.

**Tax, Sol**

1955 "From Lafiteau to Radcliffe-Brown. A Short History of the Study of Social Organization", en Eggan, Fred *Social Anthropology of North American Tribes*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 445-481.

**Thornton, A. P.**

1989 "Imperios de ultramar. El siglo de la hegemonía mundial de Europa", en Briggs, Asa (ed.), *El siglo XIX* (t. 10 "Historia de las civilizaciones"), Madrid, Alianza, pp. 303-338.



**Timasheff, Nicolás**

1961 *La teoría sociológica*, México, FCE.

**Trautman, Thomas R.**

2000 "Morgan, Lewis Henry", en Barfield, Thomas (ed.), *Diccionario de antropología*, México, Siglo XXI, pp. 363-365.

**Tylor, Edward Burnett**

1889 "On a method of Investigating the Development of Institutions, Applied to Laws of marriage and Descent", en *Journal of the Royal Anthropological Institute*, v. 18, pp. 245-256 y 261-269.

1924 *Primitive Culture*, tomo I y II, Nueva York, Brentano's.

1964 (1865) "Researched into the Early History of Mankind and the Development of Civilization", Chicago, University of Chicago.